

Ludwig Wittgenstein

Tractatus
logico-philosophicus

Versión e introducción de Jacobo Muñoz e
Isidoro Reguera



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Tractatus logico-philosophicus*
Traducción autorizada de la edición publicada
por Routledge, sello del grupo Taylor & Francis

Primera edición: 2003
Tercera edición: 2012
Décima reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ludwig Wittgenstein. *Tractatus logico-philosophicus*
Ilustración de cubierta: Retrato de Ludwig Wittgenstein
© Getty Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Routledge & Kegan Paul Ltd., Londres. Todos los derechos reservados
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2003, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-7181-9
Depósito legal: M. 8.679-2012
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial,
envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Introducción
	Tractatus logico-philosophicus
55	Prólogo
57	<i>Tractatus logico-philosophicus</i>
	Apéndice
149	Introducción de B. Russell al <i>Tractatus</i>
173	Índice alfabético

Introducción

1

Que la historia editorial del *Tractatus logico-philosophicus* –título latino de resonancias spinozianas sugerido, a lo que parece, con ocasión de la primera edición inglesa de la *Abhandlung* wittgensteiniana, por G. E. Moore– muestra muchas más grietas y accidentes que la desde un principio elevada autoconsciencia de su autor, es cosa hoy ya más que suficientemente conocida. La progresiva edición de las cartas de Wittgenstein, hasta un límite documental perfectamente satisfactorio¹, y la minuciosa reconstrucción de la génesis del *Tractatus* publi-

1. Tras varias ediciones parciales, la editorial Suhrkamp ha publicado en un solo volumen las más importantes cartas de Wittgenstein a Russell, Moore, Keynes, Ramsey, Eccles, Engelmann y L. von Ficker. Cfr. L. W.: *Briefe*, Frankfurt, Suhrkamp, 1980.

cada por G. H. von Wright a finales de los sesenta², junto con otros testimonios posibles, hablan largamente a favor de esa evidencia.

La consciencia wittgensteiniana del valor de su obra y de las dificultades que, a un tiempo, iba a procurar su comprensión, fue, en efecto, siempre muy alta. Parece obligado citar en este contexto el conocido paso del Prólogo: «*La verdad* de los pensamientos aquí comunicados me parece intocable y definitiva...». Pero ahí está también lo que manifestaba a su amigo Russell desde el campo de internamiento de Monte Cassino al anunciarle la existencia y finalización, en agosto de 1918, de un libro en el que venían a culminar largos años de trabajos preparatorios³:

He escrito un libro titulado *Logisch-Philosophische Abhandlung*, que contiene todo mi trabajo de los últimos seis años. Creo que he solucionado definitivamente nuestros problemas. Puede que esto suene arrogante, pero me resulta impo-

2. El trabajo de G. H. von Wright «La génesis del *Tractatus*» apareció en el volumen L. W.: *Briefe an Ludwig von Ficker*, Salzburgo, Otto Müller Verlag, 1969. Posteriormente ha sido reproducido como «Introducción histórica» a la edición del *Prototractatus* editada por McGuinness, Nyberg y el propio von Wright en Londres, Routledge and Kegan Paul, 1971. La última versión, revisada y ampliada, aparece en el libro del mismo autor: *Wittgenstein*, Oxford, Basil Blackwell, 1982, pp. 63-109.

3. Entre estos trabajos preparatorios hay que citar los *Tagebücher* escritos entre 1914 y 1917, las «Notas sobre lógica» de 1913, las «Notas dictadas a G. E. Moore en Noruega» de 1914, y la propia versión inicial del *Tractatus*, con elucidaciones y adiciones, publicada en 1971 con el título de *Prototractatus (vid. sup.)* y que von Wright encontró en Viena en 1965.

sible no creerlo... De hecho, no lo entenderás sin una explicación previa, ya que está escrito en forma de observaciones harto cortas. (Esto significa, por supuesto, que *nadie* lo comprenderá; a pesar de que creo que todo él es claro como el cristal. Echa por tierra, sin embargo, toda nuestra teoría de la verdad, de las clases, de los números y todo el resto.) Lo publicaré tan pronto como regrese a casa⁴.

Y ahí está también, *velis nolis*, la curiosa imagen del Wittgenstein subteniente, con su manuscrito en el frente, en la mochila de campaña⁵, o paseándolo consigo por el campo de Monte Cassino⁶. Habla entonces de él como de «la obra de mi vida» y no duda en subrayar, como hemos visto, su valor culminatorio de largos años de trabajo. «¡Resulta amargo –escribe a Russell en junio de 1919– tener que arrastrar en el cautiverio la obra terminada y ver cómo el absurdo reina ahí fuera!»⁷.

Las circunstancias externas de la composición del libro, ultimado materialmente en el frente, pueden, ciertamente, ayudar a comprender la en ocasiones subrayada premura de su estilo y la estilización formal, hasta extremos paradigmáticos, de su contenido. De todos modos, en mayo de 1915, entregado desde hacía meses a las tareas bélicas, Wittgenstein advertía ya a Russell de un cambio en sus maneras intelectuales, de por sí lacónicas y graves, como demuestran los escritos anteriores a esta

4. *Briefe*, pp. 85 y 251 (13 de marzo de 1919).

5. Cfr. N. Malcolm, *L. W.: A. Memoir*, Londres, Oxford Univ. Press, 1966, pp. 8, 42.

6. *Briefe*, pp. 85, 87.

7. *Ibid.*, p. 87.

época: «Los problemas se vuelven cada vez más lapidarios y generales...»⁸. Su propia explicación del asunto iba, por lo demás, en una dirección bien concreta: «Sabes qué difícil me resulta escribir sobre lógica. Ésta es la razón de que mi libro sea tan corto y, consecuentemente, tan oscuro. Pero no puedo hacer nada por evitarlo»⁹. Lo único que hizo en este sentido fue señalarlo con una peculiar notación decimal que, por estos motivos, llegó a considerar imprescindible¹⁰.

Con el tiempo, sus temores a la poca comprensión que encontraría su obra, por su condición excepcional o por esta (obligada) oscuridad, hija de la intensidad y el laconismo, irían extendiéndose, como es sabido, a su entera actividad intelectual, hablada o escrita. A propósito del *Tractatus* eran, desde luego, absolutos: «¡Es... amargo pensar que nadie lo entenderá aunque se publique!»¹¹. *Nadie*: ni siquiera su amigo Russell, con quien tanto discutí de estos temas y del que, sin duda, aprendí¹².

8. *Ibid.*, p. 72.

9. *Ibid.*, pp. 88 y 252 (carta a Russell del 19 de agosto de 1919).

10. *Ibid.*, p. 103.

11. *Ibid.*, p. 87; cfr. pp. 87, 94, 99-100.

12. Llevado de una inicial inclinación a la ingeniería aeronáutica, Wittgenstein cursó estudios, entre 1906 y 1908, en el Instituto Politécnico de Berlín, trasladándose seguidamente –con igual objeto– a la Universidad de Manchester. Comenzó aquí a interesarse de modo creciente por los fundamentos de la matemática, lo que le llevó –a la vez que leía a Frege– a Cambridge, donde profesaba a la sazón Bertrand Russell, famoso ya como el primer lógico y filósofo de la matemática de Inglaterra. Wittgenstein permaneció en Cambridge, en cuya Universidad un día llegaría él mismo a profesar, entre 1911 y 1913. Sobre el encuentro entre Russell y Wittgenstein, *vid.* Russell, B.: *Autobiografía*, 1914-1944, vol. 2, México, D. F., Aguilar, 1975, pp. 148 ss.

Tampoco Frege, ciertamente¹³. No digamos, pues, ya los académicos al uso: «Presentar un trabajo filosófico a un catedrático de filosofía es como echar margaritas...»¹⁴.

Los primeros en no comprenderle fueron, en cualquier caso, los editores. Wittgenstein ofreció primero su obra, a finales del verano de 1918, a la editorial vienesa Jahoda & Siegel. Ante el nulo éxito de esta iniciativa –en la que algún papel jugaron también Karl Kraus y Adolf Loos–, Wittgenstein, definitivamente licenciado ya del ejército el 26 de agosto de 1919, se dirigió, una vez en Viena, a Wilhelm Braumüller, el editor de su admirado Otto Weininger. Para razonar su solicitud de edición del *Tractatus* pidió a Russell un informe técnico, que éste no dudó en enviar rápidamente a Braumüller, sin conseguirse con ello, de todos modos, otra cosa que una contrapropuesta de edición de la obra con todos los gastos a cuenta del propio Wittgenstein. No optando por esta solución –«Escribirlo ha sido asunto *mío*; asunto del mundo es ahora aceptarlo por la vía usual»¹⁵–, Wittgenstein pasó a proponer su publicación a Ludwig von Ficker, el editor de *Der Brenner*. Tampoco esta vez tuvo éxito.

Durante su encuentro con Russell en Holanda entre el 13 y el 20 de diciembre de 1919, en el que discutieron «línea a línea» el manuscrito del *Tractatus*, y ante la manifiesta imposibilidad de encontrar editor para él en Austria o Alemania, lo que causaba singular perturba-

13. El 6 de octubre de 1919 escribe a Russell: «Mantengo relación epistolar con Frege. No entiende una palabra de mi trabajo y ya estoy completamente agotado por tantas aclaraciones» (*ibid.*, p. 93).

14. *Ibid.*, pp. 99-100; cfr. p. 94.

15. *Ibid.*, p. 95 (carta a von Ficker a mediados de octubre de 1919).

ción a Wittgenstein¹⁶, Russell hizo saber a éste su interés por traducirlo él mismo al inglés, anteponiéndole una introducción propia. Wittgenstein, que acababa de fracasar una vez más en este sentido con Frege¹⁷, vio abrirse así una posibilidad nueva. Y no sólo de cara al mundo editorial inglés. Siguiendo una sugerencia de su amigo Engelmann, procedió, en efecto, a ofrecer la publicación del libro, con la prometida introducción de Russell, a la prestigiosa editorial Reclam de Leipzig.

Entre las razones de la debatida introducción de Russell juegan, pues, un papel no menor las de orden *editorial*. No otra cosa se desprende, cuando menos, de la siguiente carta a su frustrado editor von Ficker, fechada el 28 de diciembre de 1919:

Anteayer regresé de Holanda, donde me reuní con el profesor Russell con el fin de comentar mi libro con él. En el caso de que no pueda editarlo en Austria o en Alemania, Russell hará que me lo editen en Inglaterra. (Se propone traducirlo.) La cosa está, pues, planteada en los siguientes términos: Russell quiere escribir una introducción a mi tratado y yo me he declarado de acuerdo. Esta introducción ocupará casi

16. El 27 de noviembre de 1919 escribía a Russell: «Han comenzado de nuevo las dificultades con mi libro. ¿Recuerdas cómo me presionabas siempre para que publicara algo? Y ahora que deseo hacerlo, la cosa no sale. ¡Que el diablo se lo lleve!» (*ibid.*, p. 100).

17. De acuerdo con un testimonio indirecto y posterior de Heinrich Scholz, Wittgenstein debió rogar a Frege por estas fechas que gestionara la publicación de su tratado en los *Beiträge zur Philosophie der deutschen Idealismus*, revista con cuyo editor mantenía relación el lógico alemán. El propio Frege había publicado en ella, en 1919, su trabajo «Der Gedanke». La gestión no dio resultado.

la mitad del espacio que alcanza el propio tratado y explicará sus puntos más oscuros. Con ella el libro constituirá un riesgo mucho menor para cualquier editor, o no será riesgo alguno, dado que el nombre de Russell es muy conocido y, en consecuencia, asegura a mi tratado cierto número de lectores¹⁸.

Wittgenstein esperó impacientemente la introducción de Russell, como se desprende de sus reclamaciones en cartas del 19 de enero y 19 de marzo de 1920¹⁹. La introducción llegó por fin y el 9 de abril Wittgenstein acusaba recibo a Russell en términos de moderada disconformidad, pero sin introducir cambios en sus planes editoriales:

Muchas gracias por tu manuscrito. Hay muchas cosas en él con las que no estoy totalmente de acuerdo, tanto cuando me criticas como cuando tratas sencillamente de dilucidar mi punto de vista. Pero esto no importa. El futuro nos juzgará, o quizá no; y si permanece en silencio, esto también será un juicio. –La introducción está en curso de traducción y luego irá al editor junto con el tratado. ¡Espero que los acepte!²⁰.

El 5 de mayo de ese mismo año la disconformidad asumía ya, en cambio, proporciones en absoluto irrelevantes para el destino final del proyecto:

18. *Briefe*, p. 105.

19. *Ibid.*, pp. 107 y 109.

20. *Ibid.*, pp. 109-110.

Ahora te enfadarás conmigo cuando te cuente algo: no se va a imprimir tu introducción y, en consecuencia, probablemente tampoco se imprima mi libro. Cuando tuve ante mí la traducción alemana de la introducción, no pude decidirme a dejar que la imprimieran junto con mi obra. Todo el refinamiento de tu estilo inglés se perdió, obviamente, en la traducción, y no quedó más que superficialidad e incompreensión. Envié el tratado con tu introducción a Reclam y le escribí diciéndole que no quería que se imprimiese la introducción, sino que ella sólo debía servir para que se formara un juicio sobre mi obra. Como resultado de esto, es sumamente probable que Reclam no acepte mi obra (aunque todavía no he recibido respuesta alguna de él)²¹.

Reclam rechazó, efectivamente, el *Tractatus*, y Wittgenstein decidió desinteresarse totalmente de su publicación. Así, el 8 de julio de 1920 Wittgenstein, que había decidido trabajar como ayudante de jardinero durante todo aquel verano en un convento próximo a Viena, escribía de nuevo a Russell:

Reclam no ha aceptado mi libro y renuncio a hacer más gestiones para verlo impreso. Ahora bien, si tienes algún interés en que lo editen, está totalmente a tu disposición: *puedes hacer con él lo que quieras*²².

Russell no dudó, ciertamente, en aceptar el singular encargo. Ofreció inicialmente el *Tractatus*, a través de

21. *Ibid.*, pp. 110-111.

22. *Ibid.*, p. 113.

Miss Wrinch, a Cambridge University Press, que lo rechazó el 14 de enero de 1921. La editorial Kegan Paul se mostró, en cambio, dispuesta a publicarlo. Y bajo su sello salió, en efecto, en 1922, en edición bilingüe y con la introducción de Russell. De la versión inglesa se ocupó C. K. Ogden, ayudado por F. P. Ramsey. Wittgenstein no se sintió tampoco excesivamente satisfecho con la versión de Ogden²³, que fue sustituida (en la edición del *Tractatus* de Routledge and Kegan Paul del año 1961) por una nueva –y, sin duda, superior– versión de D. F. Pears y B. F. McGuinness.

Pero Russell no limitó sus actuaciones al mundo editorial inglés. De él partió también, en efecto, la iniciativa de proponer a Wilhelm Ostwald, editor de los *Annalen der Naturphilosophie*, la publicación del *Tractatus*, en la versión original alemana, en su revista. Ostwald aceptó el proyecto y el texto wittgensteiniano vio la luz, junto con la traducción alemana de la introducción de Russell, en el cuaderno 14 de los *Annalen*, en 1921. Sólo que, aun habiendo manifestado en noviembre de ese mismo año a Russell su moderada complacencia –a pesar de las reservas que le inspiraba Ostwald– ante la idea de ver impreso el *Tractatus* en los *Annalen*²⁴, una vez ante la edición

23. Cfr. L. W.: *Letters to C. K. Ogden*, Oxford, Blackwell, 1973.

24. El 28 de noviembre de 1921 escribía, en efecto, Wittgenstein a Russell: «Sinceramente, me alegra que se publique mi cosa. Aunque Ostwald sea un archicharlatán. ¡Con tal de que no la mutile! ¿Corriges tú las pruebas? En tal caso sé amable y cuida de que se imprima tal y como yo lo he escrito. Creo que Ostwald es capaz de modificar el trabajo a su gusto, p. ej., de acuerdo con su estúpida ortografía. Lo que realmente me gustaría es que la cosa saliera en Inglaterra» (*ibid.*, pp. 122-123).

Wittgenstein, a la sazón entregado a su oficio de maestro de primera enseñanza en Trattenbach, no dudó en considerarla como «pirata»²⁵.

2

Pero ¿de qué trata esta obra cuya incomprensión temía Wittgenstein tanto y en la que no dudaba en percibir un sistema (no sólo ya un tratado) lógico-filosófico prácticamente definitivo²⁶. Todavía un cuarto de siglo más tarde, en su llamada segunda época, seguía considerándola como la única alternativa global posible a su nuevo filosofar²⁷ y, desde luego, el trasfondo ineludible para toda posible comprensión del mismo²⁸... Recordemos, por nuestra parte, las palabras del prólogo:

Cabría acaso resumir el sentido entero del libro en las palabras: lo que siquiera puede ser dicho, puede ser dicho claramente; y de lo que no se puede hablar hay que callar. El libro quiere, pues, trazar un límite al pensar o, más bien, no al pensar, sino a la expresión de los pensamientos... el límite sólo podrá ser trazado en el lenguaje, y lo que reside más allá del límite será simplemente absurdo.

25. Cfr. la carta a Engelmann de 5 de agosto de 1922, en la que se lamenta de las «muchas faltas» de la edición de Ostwald (*ibid.*, p. 123).

26. En octubre de 1919 escribe a von Ficker sobre su manuscrito: «Se trata, con toda propiedad, de la exposición de un sistema» (*Briefe*, p. 94).

27. Cfr. N. Malcolm, *op. cit.*, p. 69.

28. Cfr. Prólogo a las *Philosophische Untersuchungen*.

En este mismo sentido, y desde una perspectiva complementaria, ya en abril de 1917, en plena elaboración del *Tractatus*, daba cuerpo expresivo, en carta a su amigo Paul Engelmann, a esta creencia suya fundamental:

Nada se pierde por no esforzarse en expresar lo inexpresable. ¡Lo inexpresable, más bien, está *contenido* –inexpresablemente– en lo expresado!²⁹

En agosto de 1919 escribe, por otra parte, a Russell sobre el contenido de lo que entonces era «su manuscrito»:

Me temo que no has comprendido mi aseveración fundamental, respecto a la cual todo el asunto de las proposiciones lógicas es mero corolario. El punto fundamental es la teoría de lo que puede ser expresado (*gesagt*) mediante proposiciones –esto es, mediante el lenguaje– (y, lo que es lo mismo, lo que puede ser pensado) y lo que no puede ser expresado mediante proposiciones, sino sólo mostrado (*gezeigt*); creo que esto es el problema cardinal de la filosofía³⁰.

Las cosas están claras, pues, desde el punto de vista del autor. Con mayor aceramamiento abunda en ello en carta algo posterior a von Ficker, en pleno proceso de negociación de una eventual publicación de su obra en *Der Brenner*:

29. *Briefe*, p. 78.

30. *Ibid.*, pp. 88 y 252.

Y quizá le sirva de ayuda que le escriba unas cuantas palabras sobre mi libro: Creo firmemente que no sacaré Ud. demasiado de su lectura. Pues no lo comprenderá; la materia le resultará completamente extraña. En realidad no le es extraña, porque el sentido del libro es ético. Quise en tiempos poner en el prólogo una frase que no aparece de hecho en él, pero que se la escribo a Ud. ahora, porque quizá le sirva de clave: Quise escribir, en efecto, que mi obra se compone de dos partes: de la que aquí aparece, y de todo aquello que *no* he escrito. Y precisamente esta segunda parte es la importante. Mi libro, en efecto, delimita por dentro lo ético, por así decirlo; y estoy convencido de que, *estrictamente*, SÓLO puede delimitarse así. Creo, en una palabra, que todo aquello sobre lo que *muchos* hoy *parlotean* lo he puesto en evidencia yo en mi libro guardando silencio sobre ello. Y por eso, si no me equivoco, el libro dirá mucho de lo que Ud. mismo quiere decir, pero quizá Ud. no vea que está dicho en él. Le aconsejaría ahora leer el *prólogo* y el *final*, puesto que son ellos los que expresan con mayor inmediatez el sentido³¹.

De creer, pues, a Wittgenstein, la cuestión de lo decible y lo indecible –o de lo decible y lo mostrable– y su delimitación precisa sería la inquietud fundamental de donde surgió el *Tractatus*. Y esto es, de hecho, el punto capital del análisis que el libro hace de la lógica de nuestro lenguaje, de cuya mala comprensión –y sólo de ella– surgen todos los problemas filosóficos, meramente lingüísticos siempre, que en un lenguaje analiza-

31. *Ibid.*, pp. 96-97.

do desaparecerían por sí mismos (4.003). De lo que se puede hablar se puede hablar claramente, y de lo que no se puede hablar hay que callar dejando plena autonomía a la muda expresividad del silencio –o a la del propio lenguaje en su nivel mostrativo–. En ambos casos no se plantea ya cuestión filosófica alguna, simplemente porque las cosas están claras. Y eso es todo lo que se pretende: clarificar el lenguaje y/o el pensamiento mediante la dilucidación y delimitación de lo decible/indecible en vistas a la (di)solución de los problemas filosóficos. Las mismas citas anteriores manifiestan, sin embargo, que este propósito delimitador ofrece dos perspectivas diferentes, dependiendo de si lo mostrable –o lo indecible– se muestra hablando –de otra cosa– o se muestra en silencio. El *Tractatus* posibilita ambos puntos de vista, pero es cuestión oscura si de hecho están presentes en él³².

32. Una cosa sería, en efecto, la mostración lógica (mediante el lenguaje) y otra la mostración mística (sin lenguaje alguno). Las proposiciones de la lógica, por el hecho precisamente de que son tautologías –por el hecho de que no dicen nada–, muestran la lógica esencial del mundo y del lenguaje (6.12) común a ambos, que posibilita y fundamenta toda relación figurativo-descriptiva entre ellos. A estos niveles lógicos fundantes ninguna proposición o figura, en general, puede decir o figurar nada de sí misma (2.172, 4.041). Aunque hable de otra cosa, el lenguaje, a estos niveles, muestra esa estructura lógica común al mundo que posibilita su decir algo; de modo que, esencialmente (lógicamente), todo decir es un mostrar; todo lo que se dice, porque se muestra se dice: «La proposición muestra lo que dice» (4.461, 4.022). Estas relaciones íntimas entre decir y mostrar, sin embargo, no se dan en lo místico (ético, estético, religioso), que no tiene soporte lógico alguno, ni lingüístico ni mundano. Lo místico se muestra, simplemente, en la desaparición de todo lenguaje y mundo lógicamente ordenados; es sentimiento e intuición puros –*sub specie aeterni*– del

Sin introducirnos en cuestiones disputadas –que no parece el objeto oportuno de estas simples notas–, de creer a Wittgenstein, nuevamente, la inquietud teórica fundamental de la que surge el *Tractatus* es la de deslindar *en el lenguaje* –y sólo en él– aquello de lo que se puede hablar de aquello de lo que no se puede hablar (prólogo citado). Y ello supone, en principio, la doble perspectiva delimitadora a que nos referimos, aunque el análisis lógico del lenguaje se restrinja, como es natural, a una sola de sus vías: el ámbito único donde es posible. Así pues, dentro del lenguaje, e intrínseco a él, el análisis distingue entre proposición (con sentido) y proposición lógica (tautológica), o entre decir y mostrar en general: así el lenguaje (la lógica, el mundo) desarrolla su ámbito (el de la ciencia) y se circunscribe en sus límites de sentido (los de la ciencia). Y dentro del lenguaje tam-

que del mundo (de que el mundo siquiera sea –lo que sea–) o del mundo como todo: «Existe, ciertamente, lo indecible. Ello se muestra, es lo místico» (6.522, 6.44 ss.).

Habría, pues, una mostración intrínseca al lenguaje, y otra extrínseca. La primera pertenece por derecho propio al mismo ámbito del lenguaje y del mundo, y a su lógica. La segunda, no; ella misma, como sentimiento o intuición, está más allá del lenguaje y de su lógica; y su objeto, más allá del mundo y de su lógica –la misma que la del lenguaje–. La primera está contenida de algún modo en el lenguaje (carta citada a Engelmann) o se realiza de algún modo mediante él (carta citada a Russell). La segunda sólo se patentiza en el silencio (carta citada a Ficker); pero ¿cómo?, ¿en el silencio absoluto del puro sentir e intuir sin condicionamientos lógicos de lenguaje o mundo?, ¿o en el vacío, también, que deja el hablar de otras cosas o que aparece al hablar de otras cosas? (6.52)... Es asunto oscuro todo esto, decíamos, no tanto en sí mismo como en el discurso del *Tractatus*. Wittgenstein lo dejó inaclorado, en esa ambigüedad que manifiestan, también, modélicamente las citas traídas.

bién, pero hacia fuera, el análisis desplegado señala el límite entre el lenguaje mismo (la lógica, el mundo, la ciencia) y el silencio (lo místico): los límites –por fuera– del lenguaje son los límites –por dentro– del silencio. Aclarar, analizar esto, es la tarea filosófica: a ello se reduce, y en ello acaba, la filosofía (4.11-4.12). Lo primero tiene que ver directamente con las cavilaciones lógicas de Wittgenstein en torno a la proposición (corpus central y originario del *Tractatus*) y se justifica, pues, metodológicamente por sí mismo. Lo segundo representa derivaciones (místicas) del análisis lógico, sin duda lógicas también en principio, aunque *de facto* fueran imponiéndose al espíritu de Wittgenstein no sólo por desasosiegos estrictamente lógicos. Detengámonos un instante en ello.

A la muerte de Wittgenstein, Russell escribe en el *Obituary* de la revista *Mind*:

En la época anterior a 1914 se ocupaba casi exclusivamente de lógica. Durante la primera guerra, o quizá inmediatamente antes, cambió su perspectiva y se convirtió más o menos en un místico, como puede apreciarse aquí y allí en el *Tractatus*³³;

y esa misma impresión, pero más fuerte, había sacado en 1919, después de toda una semana de discusiones con él sobre el *Tractatus*. Aún desde La Haya, donde había tenido lugar el encuentro como hemos visto, Russell escribe a Lady Ottoline Morrell:

33. *Mind* LX, 239 (July 1951), p. 298.

Ya había notado yo en su libro cierto asomo de misticismo, pero me quedé asombrado al comprobar que se había convertido por completo en un místico³⁴.

Se debiera realmente, o no, este cambio a la lectura de los comentarios de Tolstoi al Evangelio³⁵, o a otras más generales de Kierkegaard, Silesius, James, como dice Russell en esa misma carta, lo cierto es que en la esquemática evocación de lo místico en el *Tractatus* (y en los *Tagebücher* de 1914-1916)³⁶, la consideración que Wittgenstein hace de ello resulta ya lógicamente coherente, y hasta necesaria, dentro del sistema pergeñado en el libro.

3

Una vez que hemos recordado ya esta autoconsciencia de Wittgenstein respecto al carácter, pretensiones e inspiración del *Tractatus*, intentemos describir las grandes líneas de contenido del libro. Lo haremos de dos modos: *genealógica* y *discursivamente*, esto es, desde la génesis de su problemática en la experiencia intelectual concreta de Wittgenstein, y desde la línea discursiva que de hecho presentan las páginas de la obra. En ambos casos no buscaremos exhaustividad sino concisión suma.

34. *Briefe*, p. 101.

35. Cfr. *ibid.*, pp. 72-73.

36. Como es sabido, el *Tractatus* recoge, directa o indirectamente, en sus páginas gran parte de esos *Tagebücher*. El trasfondo problemático es en ambos el mismo.

A

Genealógicamente, las cosas se presentan así:

1) El componente nuclear y originario es el análisis de la proposición o del lenguaje (3-6) y la aplicación de sus resultados al análisis, a su vez, de los lenguajes científicos: lógico, matemático, científico-natural (6.1-6.4), con un intermedio en el que expresa su idea de la función de la filosofía dentro de este sistema (4.11-4.12), idea que especificará metodológicamente al final del libro (6.53).

2) El análisis lógico que ha hecho del lenguaje (proposición), de su ámbito de sentido (ciencia) y de la propia actividad crítico-lingüística o lógico-analítica (filosofía) aboca ahora a una consideración del polo metafísico u ontológico del lenguaje: el mundo. Se trata, entonces, de analizar –lógicamente también– el mundo (1-2.1) y el intermediario epistemológico entre lenguaje y mundo: la figura (2.1-3), con un inciso –epistemológico también– sobre el pensamiento (3-3.1), que irá recogiendo después en momentos claves del análisis proposicional (3.2, 3.5, 4), así como dentro de su perspectiva general sobre la actividad filosófica (4.1121).

Tenemos, pues, hasta ahora un componente lógico y otro metafísico-epistemológico, junto con una caracterización general del quehacer filosófico. Con ello Wittgenstein hubiera cumplido ya su vieja idea de la filosofía:

La filosofía... se compone de lógica y metafísica; la primera es la base. La epistemología es la filosofía de la psicología...